

# Nueva Antropología 33

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

## EL OCCIDENTE Y LO OTRO

JORGE BENAVIDES LEE, Occidente: variaciones sobre *lo mismo* \* ESTEBAN KROTZ, Viajeros y antropólogos: aspectos históricos y epistemológicos de la producción de conocimientos \* PABLO MONTERO, Roma y el Islam: los espejos múltiples \* HECTOR TEJERA GAONA, Resistencia étnica y expansión colonial en África \* MECHTHILD RUTSCH, Ellos son los verdaderos salvajes: dos siglos de expansión occidental en los "Mares del Sur" \* JOSE LUIS KRAFFT VERA, Las Amazonas en el bosque húmedo de las guacamayas \* RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

---

# Las Amazonas en el bosque húmedo de las guacamayas

José Luis Krafft Vera\*

---

'El terror es un eco petrificado en deidades.'  
Adorno y Horkheimer, 1944.

Una de las reacciones humanas susceptibles de pronta aparición ante lo desconocido es el temor. El encuentro del hombre con algo que no conoce lo perturba y lleva a colocarlo en una posición de desequilibrio hacia lo inesperadamente encontrado. La consecuencia primera que crea este temor se dirige, como necesidad vital, a la restauración del equilibrio.<sup>1</sup> En las sociedades

autodenominadas modernas la aparición de este temor se ha manifestado en algunos momentos de la historia reciente en ficciones artísticas o de diversa índole. Baste señalar la célebre emisión radiofónica de Orson Welles

\* Pasante de etnología (ENAH), ayudante de investigación de la curaduría de América del Sur del Museo Nacional de las Culturas-INAH.

<sup>1</sup> La idea del temor hasta aquí esbozada ha sido desarrollada, para la extracción de conclusiones propias a su investigación sobre el poder y las sociedades masificadas, por Elías Canetti. Confiérase *Masa y Poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1982. Obra que se sustenta en una amplísima bibliografía etnográfica.

sobre la fantasiosa llegada de habitantes de otro mundo a la Tierra y las subsiguientes manifestaciones de temor, histeria y entonces pavor alojadas en los radioescuchas que desconocían la calidad ficticia que contenía lo escuchado a través del aparato receptor.

El problema que nace ante la presencia de lo desconocido que atemoriza tiene la necesidad de ser conjurado a la mayor brevedad, y esto sólo es posible efectuarlo dentro de las opciones de explicación que cada sociedad conoce y entre las que tendrá que localizar la más adecuada para interpretar el misterio del nuevo fenómeno. Lo desconocido, para ser exorcizado, explicado y entendido, tiene que ser referido a lo conocido. Como bien decía el ciego Borges, una de las leyes de toda descripción o definición es referir lo extraño a lo conocido, lo desconocido a lo experimentado.<sup>2</sup>

Entre las culturas humanas la ley es esencial. En lo que probablemente sea el fenómeno más puro de todos los realizados en la historia de los contactos culturales, el encuentro y choque de Europa con América, de sus sociedades, el recurso de la definición por lo experimentado se echó andar en las culturas confrontadas de súbito. El contacto de Europa con el continente americano —solitario en su desarrollo

cultural, y ajeno al desenvolvimiento de las sociedades en las otras masas continentales— significó, en las dos partes de la ecuación del contacto, una perfecta y absoluta inopia mantenida hasta ese momento sobre el extraño, el auténticamente desconocido, el verdadero "otro", que aparecía repentinamente y al cual se hacía menester ubicar. Europeos y americanos, ambos, recurrieron a un mismo paradigma explicativo, volcándose mentalmente hacia uno de sus legados de propia tradición: la mitología.

El desasosiego que produce entre los tenochcas la aparición de lo extraño —el europeo— en el ámbito existencial propio fue rápidamente referido a la constitución cosmogónica de Mesoamérica en general y del Anáhuac en particular. El atavío, la presencia europea en la conciencia azteca se transforma de súbita en esperada, de increíble en creíble, de ilógica en lógica, de inquietante en explicable: el extraño no aparece sin razón. Es Quetzalcóatl, es divinidad propia, reverenciada, esperada y que vuelve: su retorno es su razón. Para el observador azteca, la presencia (ajena) se resuelve —en el primer momento— en una ubicación y una clasificación, de tal suerte que la conciencia (propia), remendada, comprende y puede actuar. La explicación mitológica trata, así, un problema de inmediatez.

De los contactos que registra la historia de Occidente con sus otratedes (y de estas culturas con Occidente) resuena con ecos poderosos el efectua-

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges, "Prólogo", en: Herman Melville, *Bartleby*, Premia Editora, México, 1981, p. 11.

do entre la Europa del renacimiento con la América indígena de las Altas Culturas. Sin duda despierta una amplia fascinación la rememoración del choque entre la sociedad más avanzada de Europa —o al menos la más expansionista para la época— con las Altas Culturas americanas, las más estatales del continente; los colosos midiendo fuerzas, cada cual dentro de sus posibilidades y conformaciones. Pero también tales ecos se sobreponen a algunos más débiles y, a primera vista, quizá menos fascinantes, aunque también —por tenue que sea su estridencia— resuenen.

En América, la llegada de Occidente tuvo varios canales de desarrollo que imprimían al descubrimiento, a la ubicación conceptual, a la confrontación militar y a la asimilación socio-cultural un molde que dependía en primera instancia de la cultura autóctona encontrada y de la geografía humana hallada. Dentro de estas formas de desarrollo se dio una particular en los bosques tropicales húmedos del continente. Más aún, fue ahí el primer contacto de Occidente con la diversidad americana y, asimismo, el primer momento en que los sistemas mitológicos de cada parte comenzaron a funcionar para ubicar y clasificar al nuevo ser de repentina aparición. Interesa aquí, pues, hacer un relieve de la aprehensión conceptual que el conquistador hispano realizó con algunos de los seres de las culturas forestales que surgieron allende el *Mare Ignotum* de los europeos que, por vasto, inopinado y

desconocido, se le refería también como *Mar Tenebroso*.

Concretamente, y por razones de espacio, nos centraremos en la ubicación dentro del esquema mental de Occidente de las étnias tribales que el conquistador encontró en las riberas del río más caudaloso del planeta, que desde entonces recibió el nombre de Amazonas, por un curioso como ilustrativo devenir de la mitología del hombre occidental.

#### EL MITO EN EL LEGADO EUROPEO

Para entender la omnipresencia del apelativo "Amazonas" en el interior de varias de las fronteras geopolíticas actuales de Sudamérica<sup>3</sup> además de en la denominación del extenso río, es indispensable dirigir el primer esfuerzo a la génesis de un mito que desde la antigüedad clásica griega hace su aparición: la existencia de mujeres guerreras de acentuado arrojo.

Ligadas a un simbolismo celeste que tendía líneas de parentesco ritual con la Luna,<sup>4</sup> las amazonas eran una sociedad exclusiva de mujeres que no admitía a hombres entre ellas, con

<sup>3</sup> En efecto, el nombre denomina a un departamento del Perú, a un estado del Brasil, a un territorio federal de Venezuela, y a una comisaría de Colombia.

<sup>4</sup> Cfr. Robert Graves, *Los Mitos Griegos*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 444.

excepción de un día al año, en que, mediante tal relajamiento de la regla, se unían en cópula con sus consortes para concebir. Logrado el parto, mantenían entre ellas a las niñas para adiestrarlas en el manejo del arco y la flecha, para la guerra y la caza. Algunas versiones indican que a los hijos varones los mataban y otras señalan que eran entregados a sus respectivos padres. En todo caso, estas mujeres eran diestrisimas en las artes de la guerra, por la que sentían una verdadera pasión, pues esto se desprende de la mutilación que practicaban de uno de los senos para poder flechar mejor. Se les ubicaba en Asia menor, en la región de Capadocia, a orillas del río Termódón y se les atribuía antiguamente la fundación de ciudades como Cime, Efeso, Esmirna y Pafos.<sup>5</sup>

Las Amazonas son personajes recurrentes en la mitología griega y varios son los autores clásicos que las nombran: Higino, Apolodoro, Diódoro Sículo, Ovidio, Homero, Pausanias, Píndaro, Plutarco, Clidemo, Eurípides, Justino, Helánico, Esquilo, etc. Tal profusión de autores —que con sus escritos plasmaron las acciones de las fantásticas guerreras— provocó disímiles versiones, a veces incluso opuestas,<sup>6</sup> sobre esta ginecocracia. Sin embargo, parece claro que las Amazonas representan una suerte de exterioridad ene-

miga de la cuna de Occidente, la Grecia antigua: se enfrentan como aliadas de los troyanos —en la célebre guerra que concluirá con el ardid del caballo de madera— contra Ulises y los griegos, en donde Aquiles mata a su reina Pentésilea; Belerofonte, cabalgando en el alado Pegaso, las derrota; también Heracles se bate con ellas y mata a otra de sus reinas, Hipólita, robándole un valioso cinturón —símbolo de realeza—; y Teseo, al huir con Antíope (llamada también Melanipa), señora principal amazona, provoca la ira de la hermana Oritía que jurará vengarse del héroe Teseo, desencadenándose otra guerra en la cual el estudioso Robert Graves verá el primer rechazo atenien- se a invasores *extranjeros*.<sup>7</sup>

Así pues, en la mitología helénica aparecen varias veces las mujeres guerreras como personificaciones del enemigo fantástico, pero es muy probable que el origen primario de la imaginaria amazónica provenga de la exterioridad (si bien vecinal) griega. El cuerpo mítico concebido por los antiguos griegos es en sí mismo una construcción vastísima que contiene importaciones de Creta, Egipto, Palestina, Frigia, Babilonia y otras regiones.<sup>8</sup> La misma pala-

<sup>5</sup> *Diccionario de Mitología Mundial*, Edaf., Madrid, 1971, p. 38.

<sup>6</sup> Robert Graves, *op. cit.*, p. 440 y ss.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 443. Graves considera a una gran parte de la mitología griega como historia política-religiosa, como puede verse en la afirmación de la página 18 de la obra.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 11.

bra amazonas deriva de "A" y "Mazon" que significaría "Sin Pechos" (recordemos la mutilación) y al parecer es de origen armenio, lengua en la cual la significación es más precisa: "Mujeres-Luna".<sup>9</sup> Una gestación escita del mito es, pues, lo menos improbable a este respecto.

Ahora bien, todas las sociedades europeas de corte occidental reconocen su simiente en la antigüedad griega. La mitología concebida alguna vez en la zona concomitante al mar Egeo se desplegará para abarcar, junto con el sincretismo romano, los países y las sociedades al septentrión del Mediterráneo, para reconocerse, no sin reflujos temporales largos, en la misma España que en las postrimerías del siglo XV se aprestaba, sin saberlo, a descubrir y colonizar un extenso continente. Lo que asombra es que, después de centurias, el mito antiguo de las mujeres amazonas contara con tanto vigor en la mentalidad de los hombres, quienes, reclutados en su mayoría dentro de la soldadesca rasa hispana, recorrían y conquistarían un extenso territorio en el cual se buscara con desvelo no sólo oro, especias y esclavos, sino incluso a unas antiguas mujeres guerreras adoradoras del astro argénteo.

### EL MITO EN EL SOLAZ DEL CONQUISTADOR

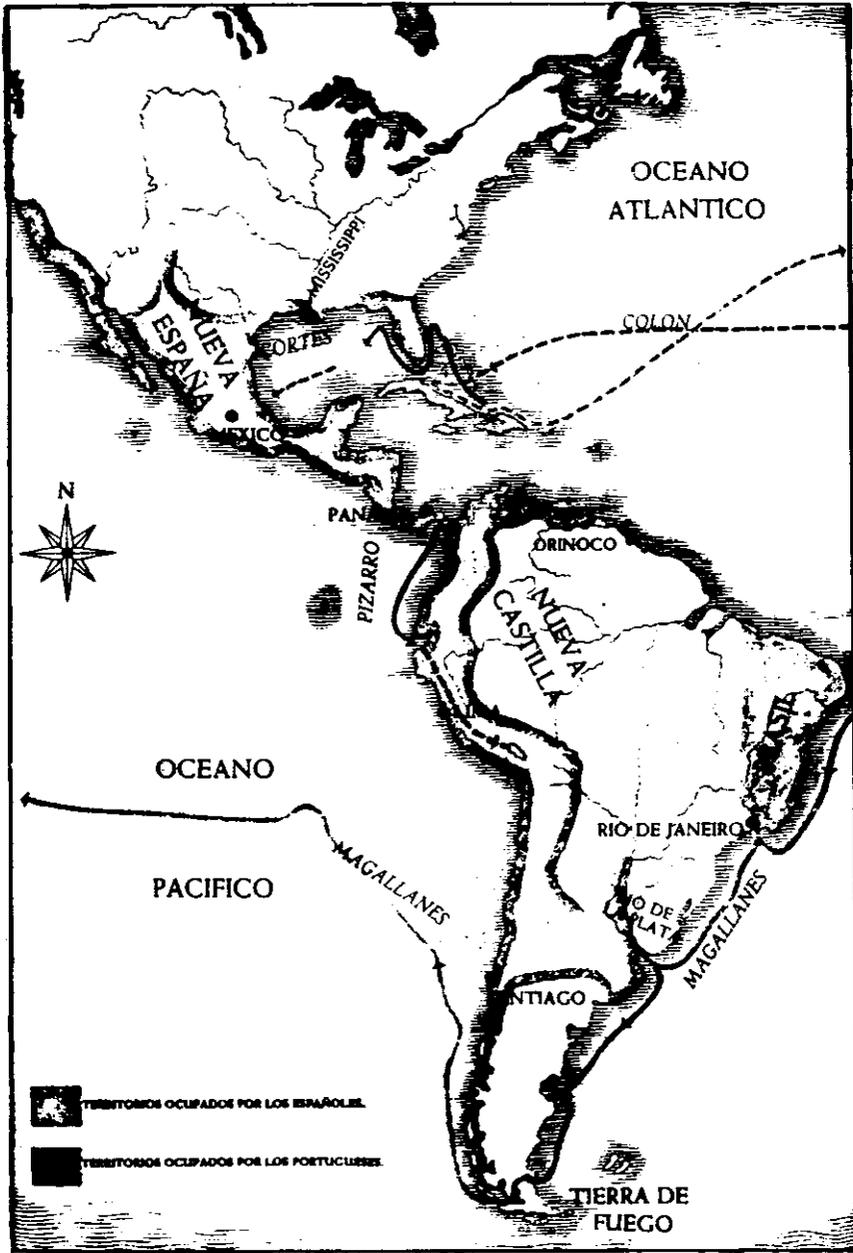
En efecto, los conquistadores hispanos del siglo XVI (y aún el mismo Colón desde finales del XV), buscaron con

ahínco incansable a las mujeres monopectoriales. El primer descubridor del continente, al tocar las Antillas, asegura que a las amazonas es posible avistarlas pues se esconden en ciertas grutas de algunas islas caribeñas. En 1518 Grijalva recorre la costa yucateca y el clérigo que lo acompaña, Juan Díaz, asienta en su crónica de viaje haber divisado en una punta de tierra una torre probablemente habitada por amazonas, pues son mujeres que viven sin hombres. En ese mismo año Diego Velázquez, gobernador de Cuba, realiza el convenio con Hernán Cortés para que éste parta a la tierra firme (donde el capitán se hará de perenne fama por la sujeción del vasto imperio azteca) y en el cual existe una advertencia con respecto a las amazonas de las que Cortés, en caso de hallar, deberá guardarse. El mismo conquistador, seis años después —ya que la cabeza militar de Mesoamérica ha caído— escribe en su 'Cuarta Carta de Relación' al emperador Carlos V que, al parecer, cerca de Colima existe una isla de mujeres sin varones que en ciertos tiempos reciben la visita de éstos y, al quedar preñadas, se desentienden de los hombres para criar sólo a las mujeres.<sup>10</sup>

Igualmente, el emperador Carlos V recibirá constantes relaciones, cartas, misivas en donde se seguirá hablando

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 444.

<sup>10</sup> Cf. Irving Leonard, *Los Libros del Conquistador*, FCE, México, 1979 p. 51 y ss.



LOS DESCUBRIMIENTOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XVI

del próximo e inminente hallazgo de las mujeres de arcos y flechas. En 1530 Nuño de Guzmán le dirige al soberano más noticias sobre la cercanía de las amazonas a la Nueva España.<sup>11</sup> Y en América del Sur, no sólo en la continuación del Marañón, sino en los Andes meridionales del actual Chile, entre los tributarios del Río de la Plata y aún en la septentrional Nueva Granada (hoy Colombia), varios de los primeros expedicionarios de dichas regiones reciben notificaciones (corroboradas de alguna manera por los indígenas que van conociendo cuando los hacen sus cautivos, después de las batallas), que indican la presencia de amazonas en la comarca vecina, pero sin que nunca pueda ubicárseles claramente y mucho menos prendérseles.<sup>12</sup> Para abreviar, crónicas sobre la existencia supuesta pero evaporada de las míticas mujeres fueron escritas en el siglo XVI por Pedro Mártir, Gonzalo Fernández de Oviedo, el alemán Ulrich Schmidt, Antonio de Herrera, Gaspar de Carvajal y Antonio Pigafetta (italiano). Anteriormente Colón en sus diarios las nombró, como ya señalamos, y en los albores del siguiente siglo Sir Walter Raleigh, inglés, fue otro ejemplo de convicciones amazónicas.

Pero tan fantásticas y exuberantes guerreras nunca fueron encontradas, por la sencilla razón que no existían. No obstante, hubo un hombre en ese

siglo pletórico de conquistas para Occidente que se jactó no sólo de haberlas visto, sino de enfrentarlas en batalla y aún, de vencerlas. Este Ulises renacido —que contó también con su periplo de increíbles pruebas— era un tuerto y joven capitán nacido en Trujillo, Extremadura, España: Francisco de Orellana. Sus peripecias contra las ardorosas amazonas fueron narradas por un fraile dominico también extremeño y que, como resultado del viaje en el cual fue testigo presencial de tan extraordinarias lidias —aderezadas con todo el sabor de un mito antiguo— quedó asimismo sin un ojo merced a la lluvia de saetas que las amazonas dirigían: Fray Gaspar de Carvajal.

Pero subyace una pregunta que sigue sin despejarse: ¿Cómo fue que una de las formas que desde antiguo recubría al enemigo de Occidente, continuara con una vitalidad semejante en el legado mítico del conquistador de otredades americanas? ¿Es que las astucias de Teseo, Belerofonte o el heróico Ulises para vencer en tiempos primigenios a advocaciones enemigas del Asia menor eran proezas que, sin mediación de ningún puente de transmisión, podían mantenerse fuertemente arraigadas en lo más profundo de la mentalidad del conquistador, de los conquistadores españoles de América?

Tal vitalidad del mito en la mente del conquistador estaba verdaderamente presente en el siglo XVI gracias a una transmisión inaudita: la novela de caballería popular. Como lo ha demostrado Irving Leonard en un excelente

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 68 y ss.

estudio,<sup>13</sup> la invención de la imprenta una cincuentena de años antes significó para la España de principios del XVI la aparición de una nueva modalidad de mercancía, que llevó a amasar grandes fortunas a sus productores, constituidos dentro de los primeros editores de la historia: el libro. Ahora nos es claro que la soldadesca que cargó en sus hombros los avatares de la conquista de América nutría sus fantasías con lecturas sumamente corrientes en la época y dentro de las cuales, las más populares eran (a la vista de las innumerables reediciones de ejemplares que, se tiene noticia, llegaban incluso a las novísimas colonias españolas) las narrativas de aventuras de caballería.

No sólo el supuesto magno analfabetismo de la época ha sido puesto en duda —y por tanto reducido— sino que, así como las literaturas orales anteriores se transmitían a un nutrido grupo por un narrador sagaz, la nueva literatura escrita (saliéndose de los claustros y las esferas cortesanas donde se recluía y mantenía antes de la invención de Gutemberg) era con seguridad leída en voz alta para recreo y conocimiento de grupos de escuchas.

El éxito de las historias caballerescas se cimentó desde la primer novela verdaderamente popular que apareció en la península en 1508, el “Amadís de Gaula”, en su primera edición, pero es bien posible que haya habido ante-

riores ediciones. El gusto extendido por estas novelas se comprueba por los numerosos seriales que siguieron al “Amadís”, en donde en todos estaba presente el relato de hechos imposibles de héroes caballerescos en lejanas y encantadas tierras pobladas de monstruos y extraordinarias criaturas. La continuación de historias y hazañas increíbles de Amadís la realizan otros protagonistas en cada uno de los libros que constantemente aparecían en el siglo de la Conquista, pero es precisamente el tipo de enemigos al que se enfrenta el hijo de Amadís el que nos interesa destacar. Siguiendo una costumbre que acabaría por imponerse, el segundo libro del serial del Amadís de Gaula se titula “Las Sergas de Esplandían”, nombre éste del primogénito de aquél célebre personaje.

El nombre del autor de ambas novelas es un señor llamado Montalvo que con amplia seguridad conocía el mito de la antigüedad clásica que aquí perseguimos. La honda influencia que las “Sergas de Esplandían” imprimieron sobre el conquistador ha quedado fuera de objeciones; el libro alcanzó más de 10 ediciones a lo largo del siglo XVI y si bien su primera aparición en la península se remonta al año de 1510 también, como su antecesor, es probable que hubiera ediciones anteriores hoy desconocidas (no sólo el público lego leía o escuchaba las aventuras de estos héroes; también entre estratos más cultivados la atracción hacia los fantasiosos caballeros se manifestaba: Carlos V, Santa Teresa de

<sup>13</sup> Irving Leonard, *op. cit.* “... Un libro que trata de Libros”.

Jesús y el fundador de la "Compañía de Jesús", Ignacio de Loyola —por mencionar algunos— fueron seducidos por esta literatura de corte popular).

En el libro de Esplandían reaparecen las míticas amazonas para luchar al lado de los enemigos del héroe, estos, de parte de los turcos a los cuales se quiere expulsar, mediante ejemplar cruzada que terminará por triunfar, de Constantinopla. 21 capítulos de la obra están dedicados a estas señoras de energía inacabable que ahora se presentan con ligeras variantes —mejor decir añadiduras— con respecto a la primera formulación helénica conocida por Europa: se señala que son habitantes de una isla en donde por metal sólo existe el oro, llamada "California", que su reina responde al nombre de Calafia, ataviada siempre de oro y joyas y que las armas usadas por sus guerreras —arcos y flechas— son del metal amarillo dada la escasez de otros en su escabrosa isla.

Esta estelar reaparición de las hembras aguerridas míticas en la imaginaria del siglo XVI dejará una huella indeleble en la mente del conquistador —que se sentía profundamente atraído e identificado, en el nuevo y exótico continente descubierto, por las sergas de los Amadíses y Esplandíanes— y constituirá a partir de entonces una idea fija que acompañará las acciones expedicionarias de los soldados europeos. El grado ficticio de las acciones narradas en los libros, presentadas manoseadamente como ciertas e históricas, en nada empañó la idea ya alojada en

el cerebro hispano: encontrar — a — las — amazonas — lleva — a — cuantiosos — tesoros — en — metales — preciosos.

El retoque caballeresco a la leyenda mítica multiplica, así, su atractivo y la búsqueda de las custodias de fantásticas arcas pletóricas de riqueza se intensifica. En la península noroeste de México, durante varios años tomada por ínsula, se les pensó encontrar y ya desde antes de 1542, la longitudinal porción de tierra recibió el nombre que aún mantiene,<sup>14</sup> y en la cual se localiza el "Valle de Calafia".

#### EL MITO SE CONCRETA

Pero ni en Yucatán, Colima, California, Las Antillas, Colombia, Río de la Plata y sus inmediaciones o en los Andes del meridión, se realizaron las expectativas del buscado hallazgo. Muchos hablaron de los rumores que indicaban una cercanía siempre aplazada de las mujeres de arcos y flechas doradas. Los habitantes autóctonos contestaban preguntas ininteligibles con respuestas que los ávidos oídos hispanos recibían como confirmaciones de una ciertísima presencia amazónica. Y dicha presencia, ligada a riquezas fabulosas, se ligaba, a la par, a numerosas postergaciones. Hasta que el hermano del conquistador del Perú, Gonzalo, fue encomendado por Francisco Piza-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 66.

ro a buscar en las selvas inmensas al oriente de las montañas andinas una especie de alta valoración, los europeos supieron que su mito se corroboraba en la realidad... o al menos así lo creyeron, fervientemente.

En la segunda mitad del año de 1541, el nuevo gobernador de Quito, el más joven de los cuatro Pizarro, se aprestó a organizar la expedición a la zona tropical de Sudamérica que tenía por finalidad llegar a un "País de la Canela", territorio que se suponía era, a decir de los habitantes indígenas de los Andes, un extenso bosque con cortezas de la preciada especia. Para los españoles de la Conquista, el mercadeo de especias era una de las 3 maneras más seguras —junto con la extracción de metales preciosos y la explotación del trabajo indígena— de adquirir fortuna. La demanda de yerbas olorosas y condimentos en general había sido, a lo largo de la Edad Media europea, de altísimo rango y pródigo consumo, sin importar la lejanía de los centros productores originales. El hecho del descubrimiento de América debe mucho a la búsqueda de rutas mejores y expeditas que comerciantes de varios puntos de Europa —pero sobre todo españoles y portugueses— realizaban para allegarse a la lejana Asia, principal productora de especias. No es sorprendente, pues, que Francisco de Orellana, amigo de infancia de los Pizarro y tan joven como Gonzalo, se entusiasmara y alistara en la expedición que buscaría una mina... de canela.

Se sabe que no era, el de Gonzalo, el inaugural intento de penetrar, desde el espinazo andino, las junglas de sudamérica.<sup>15</sup> Pero esta expedición se tornaría memorable porque constituyó el descubrimiento del río más largo y caudaloso del mundo, a la par de ser la primera ocasión en que el continente sudamericano se recorría de cabo a rabo por su línea ecuatorial. Gonzalo no participaría de la hazaña ni tampoco encontraría los bosques de canela, pero el capitán Orellana y 57 hombres más, entre ellos el cronista del viaje —el mencionado Carvajal—, se adentrarían por la mayor arteria fluvial de una extensa zona de ríos que constituían el asentamiento de un tipo particular de agricultores americanos: Los cultivadores de tubérculos. Fue en este enorme territorio, de húmedos árboles con hojas eternas, donde, por anatopismo, las antiguas habitantes de las orillas del Termodón, de la región de Capadocia, aparecieron con arcos y flechas a guerrear contra los amadíses españoles.

A lo largo de la Relación escrita por el fraile Gaspar, existen cinco menciones a las amazonas, de diferente prolijidad. Las dos primeras confirman la preconcepción de la idea que se aprestaba a generar su propia evidencia.

<sup>15</sup> A este respecto ha iluminado mucho la obra de F.A. Kirkpatrick, *Los conquistadores Españoles*, Espasa-Calpe, Madrid, 1970.

Una vez que el grupo inicial de la expedición ha sufrido fuertes reveses en el deambular selvático, en donde el mayor de todos se refiere al agotamiento de los víveres, Orellana se ofrece a adentrarse con un puñado de hombres por la deriva fluvial a la búsqueda de alimentos para todos. La escisión del grupo se realiza y el bergantín en el cual parte la avanzada no lo volverán a ver Gonzalo y los que con él permanecen; la suerte estaba echada y el caudal del río impediría el remonte de los nuevos argonautas. Los españoles corren con suerte las primeras leguas de la travesía y encuentran indígenas que no sólo se muestran amigables sino que los proveen de alimentos y bebidas. Es el cacique de estos inofensivos indios, llamado Aparia, en el que Carvajal pone la primera indicación de las Amazonas, pues el cacique las menciona añadiendo que coexisten con la riqueza que se encontrará con sólo continuar por las corrientes, río abajo.<sup>16</sup> Aparia, sin saberlo, fortalecía los vínculos de mujeres nacidas de la invención de los extraños con riquezas que únicamente podrían ser doradas. Pero a primera vista, las Amazonas, como tantas otras veces, se escamoteaban: para hallarlas era necesario continuar de largo.

Los navegantes hacen lo propio. La expedición empieza a mermarse: 7 hombres mueren a consecuencia de la hambruna sufrida días antes. Se prevee la necesidad de construcción de un segundo bergantín para llevar a un buen puerto la aventura. Los siguientes indios son sujetos a una larga explicación sobre la venida del capitán y sus hombres; y en plena prédica sobre la bondad del emperador Carlos V que ha consentido en hacerlos sus vasallos, adueñándose, por ventura, de todas las Indias y otros muchos reinos y señoríos que en el mundo existen, surge la segunda indicación de la inminencia de fenomenales guerreras:

Estaban tan atentos y con tanta atención escuchando lo que el capitán les decía, y le dijeron que si íbamos a ver las Amazonas, que en su lenguaje las llamaban "Coñiapuyara", que quiere decir Grandes Señoras, que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían, que nos estuviésemos en su tierra (la de estos indios amigos), que allí nos darían todo lo que viésemos menester.<sup>17</sup>

La otredad había hablado. Las Grandes Señoras existían en la reali-

<sup>16</sup> Fr. Gaspar de Carvajal, *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas*, FCE, México, 1955, p. 53.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 60.

dad y tenían su nombre indígena. La otredad advertía: cuidado, son Coñiapuyara, tus amazonas, tus enemigas, son muchas y te matarán. Pero la gallardía caballeresca de Orellana y acompañantes no claudicaría, y el destino, marcando su línea recta en la dirección de la corriente fluvial, los llevaría ineluctablemente a la confrontación de un enemigo de antigüedad primigenia. Orellana continúa su discurso, logra reunir a los jefes principales de la región para que escuchen sus palabras —seguramente oídas con pobre atingencia— y coloca una alta cruz en el poblado, la primera de la cuenca amazónica, donde se posibilita la construcción del segundo bergantín para enfrentar al mar y, antes. . . la guerra.

A los 12 días de mayo de 1542 los argonautas llegan a la provincia de otro cacique, Machaparo, cuyos poblados resultan ser menos amigables a los anteriores; ahí libran los hispanos sus primeras batallas y resurge la necesidad de alimentos, agotados desde la salida del territorio sujeto a Apayán, donde la cruz. A partir de este lugar, el viaje por el río se realizará con batallas continuas o intermitentes, en todo caso ineludibles, pues los bergantines, amparados por arcabuces y ballestas, tendrán que tomar puerto para proveerse a la fuerza de víveres y sustentos, saqueando las reservas indígenas. Los ojos de Gaspar, todavía completos, observarán a shamanes dirigir mágicamente la guerra desde las riberas. A su vez el dominico, fraile como es, sabrá interpretar en varias ocasiones la mano

del dios cristiano cuando aparece para proteger a sus sabidos prosélitos.<sup>18</sup>

La tercer mención a las amazonas ocurre cuando, después de desbaratar (*sic*) pueblos y recoger la comida, los españoles arriban a un poblado que no les ofrece resistencia alguna pero en donde los invasores se topan con un larguísimo tablón que en relieve figura una ciudad amurallada (con puertas, dos torres y ventanas), montada sobre un par de feroces leones (*sic*); el relieve también representa a una plaza con un agujero central por el cual los indios derramaban chicha ofreciéndola simbólicamente al sol. Atónitos, los peninsulares reparan que se encuentran ante toda una representación de la ciudad de las Grandes Señoras:

. . . Y el capitán y todos nosotros, espantados de tan gran cosa, preguntó a un indio que aquí se tomó qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza. El indio dijo que ellos eran sujetos y tri-

<sup>18</sup> Carvajal ve signos divinos en el retorno de una nuez de ballesta ya dada por perdida, en la advertencia de un ave que les habla a los hispanos, en la aparición de una danta que descubren flotando en el río, en buen estado, para saciar el hambre. Más aún, entiende que quedar sólo tuerto de los 2 flechazos que recibe, es en realidad un don de vida que su dios le otorga. Se pueden encontrar más ejemplos en la relación.

butarios a las amazonas y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y alguacamayas para aforros a los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellas tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí y adoraban con ello, como en cosas insinias de su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres.<sup>19</sup>

Quizá nunca hubo occidentales de nuestra era, tan convencidos de la inminente aparición de las guerras míticas y tan ciertos de atravesar sus dominios —pues hablaban con súbditos amazónicos tan objetivos como la dureza de una talla de madera— como estos históricos hombres de la Conquista. La realidad de un mito se evidenciaba con algo tangible; templos concretos todos revestidos de plumas casi auríferas se encontraban para corroborar la leyenda. Las Coñiapuyara dejaban de ser sólo noticia y se revelaban como señoras mayores, como semidiosas ya no lunares —como antiguo— sino solares y poderosas y temibles, dueñas de amplios dominios, pues los españoles verán más tablones en otros pueblos y se asomarán, mirarán, tocarán templos que guardan vestidos ceremoniales de cromática plumería, arte

de la región sin paralelo alguno como aún en la actualidad puede admirarse en las obras de étnias brasileñas.

Para cuando aparecieran en el curso del río pueblos enteros nuevamente dispuestos a expulsar a los engorrosos visitantes, las retinas españolas observarían detenidamente, evitando perder detalle, a las mujeres indígenas que —a pesar de luchar con arcos sin fulgorosos brillos que disparan con ambos pechos bien puestos— no podrán ser otra cosa que la corporeidad misma de la entelequia de una ilusión.

#### LA EMERGENCIA MITICA DE LA OTREDAD

Ante tantas pruebas antecediendo el fenómeno, éste no tardaría en manifestarse. Leguas abajo, los europeos dan de golpe “en la buena tierra y señorío de las amazonas”. Los primeros indios que los reciben vienen formando, con sus canoas, escuadrones acuáticos y gritando que tomarán a todos los recién llegados para llevarlos a las señoras de la región, informa Carvajal, a quien propinan en esta batalla su primer herida. El combate se encarniza y los indígenas se defienden férreamente, a pesar de sus pérdidas humanas. Carvajal atina a explicar este valor indio conectándolo a la envidia que contagian una docena de mujeres. Por primera vez en largos siglos un puñado de occidentales veía aparecer ante sus ojos a las legendarias amazonas:

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 86-87.

... (Estos indios) son sujetos y tributarios a las amazonas y, sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto.

A continuación el cronista no olvida describirlas (¡sería imperdonable!), mostrar su fiereza —y su derrota:

Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entranzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete u ocho, que éstas vimos, de las

amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas.<sup>20</sup>

El mito se concreta. El temor, vencido de antemano al referir lo extraño a lo conocido. Mujeres que pelean con la fuerza de diez hombres, arqueras desnudas que convierten bergantines en puerco-espines, osadías femeninas apareciendo no desde una California insular, sino en una suerte de Termidón tropical, que para derrotar es imprescindible la ayuda divina (manifiesta en la cruzada de Esplandían), sólo pueden ser las amazonas.

Pero la primer avanzada de Occidente en la región necesita asegurarse, interrogar a alguno que le confirme la realidad de lo visto, necesita escuchar de labios indígenas que las mujeres vencidas son su mito, que su obsesión corresponde a una verdad. Orellana encuentra un espacio sin guerra y junto con sus hombres y el ahora tuerto Carvajal, somete a un largo interrogatorio a un indio cautivo. El indígena informa, contestando todo: que las mujeres de la batalla residen a cuatro o cinco días tierra adentro, que se presentaron explícitamente para guerrear contra los hispanos, y no estaban casadas ni tenían marido, que eran muchas y habitaban setenta pueblos, con casas no de paja sino de piedra, con puertas y caminos con guardas en todas sus

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 97-98.

grandes ciudades. A la pregunta sobre la preñez entre mujeres solas, el indio aclaró que son visitadas en ciertos tiempos por hombres blancos y lampiños; Orellana trata infructuosamente de saber si sus consortes vienen por voluntad o por guerra, pero el indio sólo menciona que con ellas sólo están cierto tiempo y parten después. El indio se explaya y Carvajal apunta: "Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres (perdemos aquí la oportunidad de aclarar el ancestral misterio. JLKV) y si hembra que lo crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que le llama *Coroni*. Dice que hay muy grandísima riqueza de oro y que todas las señoras de manera y mujeres principales se sirven con ello. . . que hay cinco casas del sol a donde tienen sus ídolos de oro y de plata en figuras de mujeres. . . y que estas casas, desde el cimientto hasta medio estado en alto, están planchadas de plata todas a la redonda y sus asentaderos, de la misma plata. . . y estos adoratorios y casas ya dichas llaman los indios 'carana' y 'ochisemomuna' que quiere decir casas del sol, y que los techos de estas casas están aforrados en plumas de papagayos y de guacamayas de muchos colores".<sup>21</sup>

Los europeos ratifican así todo lo que ya sabían, se enteran del nombre de la nueva Hipólita (o la nueva Cala-

fia) y oyen la regla indisoluble de amazonas igual a oro. El cautivo, al cual le calculan unos 30 años, seguidamente agrega algo sobre el país amazónico que desconocían de antemano los hispanos, y ofrece por fin una verdadera descripción del reino de la ginococracia:

dice que estas mujeres andan vestidas de ropa de lana, porque dice que hay muchas ovejas de las del Perú y que andan todas con mucho oro encima. . . también, según entendimos, que hay camellos y que hay otros animales que son muy grandes y que tienen una trompa y que de estos hay pocos. Dice que hay en esta tierra dos lagunas pequeñas de agua salada, de que hacen sal. Dice más, que tienen una orden que en poniéndose el sol, los indios que vienen a contratar y a traer sus tributos han de salir fuera de sus ciudades y se van fuera. . . preguntósele que si era la tierra caliente donde vivían; dijo que no, sino seca, porque quemar carbón por tener lejos la leña, y que hay mucha comida. . ."<sup>22</sup>

El mito, certificado, se ampliaba en detalles y la realidad, mitificada, se engrandecía. El magno "Río de Orella-

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 105-106.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 106-107.

na" perdería pronto este apelativo para denominarse, llanamente, *Amazonas*. En su cuenca Occidente encontró, en su expansión, a un enemigo primordial; si bien poblado por otredades desconocidas, que luchaban y defendían sus asentamientos selváticos propios, los indígenas de las riberas amazónicas fueron desde el primer momento referidos a un esquema conceptual caro al conquistador, su propia mitología. Este grupo reducido de conquistadores exploraría con temor una región desconocida, pero dentro de su tradición mítica ya había hallado una ubicación para los hombres y mujeres extraños con los que se enfrentaba en agrestes lidias. Los personajes de su mito, aquéllos que representan sus orígenes (llámense Ulises, Teseo, Belerofonte, Amadís o Esplandián) son tomados como héroes primordiales y sus acciones interpretadas como un modelo que ejemplifica. El conquistador ve en ellos un arquetipo a imitar, una historia ejemplar (M. Elíade) de seres heroicos que enseñan cómo enfrentar un enemigo y *qué es* ese enemigo si una porción de sus huestes son mujeres arqueras. Para el hispano explorador, entre la presencia de sociedades forestales indígenas en las que las mujeres pelean junto a sus hombres en defensa de sus poblados, y aquel mito que refiere la existencia de mujeres guerreras sin hombres, sólo puede haber una mediación: la de identidad, medida por supuesta analogía.

La Relación detallada por Carvajal atestiguaba con el poder de la letra es-

crita la ginecocracia amazónica en las selvas ecuatoriales de Sudamérica, y el mismo Orellana se encargó de difundir a sus contemporáneos, apenas concluido su viaje, la noticia de su descubrimiento. El mito, colegido con la realidad, cobraría entonces nuevos bríos.

En el siglo siguiente, Sir Walter Raleigh, como indicamos, cree en las amazonas sin chistar y aún en el XVIII Carlos María de la Condamine, un explorador de la América Meridional, al atravesar la región tampoco duda de la existencia en el pasado de una república de mujeres que viviendo solas enfrentaron a Orellana y su grupo.

Pero para el académico siglo XIX la cuestión da un vuelco. Ya no se trata de si las guerreras monopecterales se habían asentado en las selvas americanas sino de si la instauración de su ginecocracia, mediante un férreo matriarcado, era ciertamente una realidad de la humanidad arcaica toda. En 1861 J.J. Bachofen, volviendo a fuentes poéticas y mitológicas clásicas, afirma un periodo matriarcal arcaico que tuvo lugar dentro de la humanidad prehelénica, llamándola 'forma prístina de la tradición humana', y considera "el periodo mundial gineocrático de hecho (como) la poesía de la Historia".<sup>23</sup> Es claro que con Bachofen co-

<sup>23</sup> Johann Jakob Bachofen, *El Derecho Materno* (Prólogo e Introducción), Mimeógrafo, 1861. Agradesco a Mechthild Rutsch haber puesto a mi alcance su valiosa traducción.

mienza un debate sobre la presencia prehistórica del matriarcado, antecediendo al poder paterno, discusión que se vió atizada desde el mismo año con la publicación de una tesis, perfectamente opuesta a la matriarcal, debida a Henry S. Maine, quien la tituló "Ancient Law". Cuatro años más tarde aparecería otro libro favorable al poder matriarcal, llamado "Primitive Marriage", cuyo autor era John F. McLennan.

La cuestión sobre la Edad de Oro lunar, un poder polibiánico y la sociedad matriarcal sigue haciendo correr tinta y para nuestro siglo XX la antropología académica y el nacimiento de la conciencia feminista contemporánea han continuado discutiendo enfoques femeninos y perspectivas de la mujer no sólo en la historia pasada de la humanidad, sino también en la futura. La literatura de la discusión es variada.<sup>24</sup>

La sociedad Occidental del siglo XX continúa un debate iniciado hace

más de cien años. Pero, ¿qué ha pasado con el enemigo primordial a un tiempo clásico y medieval, griego y caballeresco, que habitaba, habita, en la otredad de los bosques húmedos tropicales de Sudamérica? Cerca de cumplirse ya 450 años del fluvial recorrido de Orellana, Occidente continúa hoy combatiendo a las étnias tribales halladas. Los métodos, empero, han cambiado. Ya no son ballestas y arcabuces. El combate que actualmente presenciamos adquiere rasgos de exterminio y genocidio, y las técnicas son más crudas, crueles e infalibles: ropas inoculadas con sarampión, dulces con viruela, y aviones que bombardean o ametrallan poblados a baja altura.<sup>25</sup> La realidad que nos hace sus contemporáneos no tiene perfiles de ficción. Las étnias tribales del Amazonas boscoso, ya ubicadas desde antaño como enemigas, siguen sufriendo las batallas del Occidente en expansión, que alguna vez las confundió con un mito de su propio legado, en aras de un equilibrio restaurado.

<sup>24</sup> Remito a los interesados a los ensayos compilados por Olivia Harris y Kate Young en *Antropología y Feminismo*, Anagrama, Barcelona, 1979; y a la participación de Kathleen Gough en: C. Lévi-Strauss et al, *Polémica Sobre el Origen y Universalidad de la Familia*, Anagrama, Barcelona, 1976. Un estudio erudito sobre la luna como diosa primigenia y musa poética se encuentra desarrollado por Robert Graves en *La Diosa Blanca*, Alianza ed., Madrid, 1983.

<sup>25</sup> Cfr. Laurette Sejourné, *América Latina, Antiguas Culturas Precolombinas*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 82-83. Y François-Xavier Beghin, "Exacciones a las poblaciones indias de Amazonia", en *El Etnocidio a través de las Américas*, comp. por Robert Jaulin, Siglo XXI, México, 1976, pp. 127-167.

## BIBLIOGRAFIA

- CARRASCO Pedro y Guillermo CEPEDAS, *Historia de América Latina*, núm. 1, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- OLIVA DE COLL, Josefina, pres. y selec., *Terra Ignota*, Trillas, México, 1986.
- RIBEIRO, Darcy, *Fronteras indígenas de la civilización*, Siglo XXI, México, 1973.
- CANETTI, Elías, *Masa y Poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1982.
- BORGES, Jorge Luis, "Prólogo", en: Herman Melville, *Bartleby*, Premiá Editora, México, 1981.
- GRAVES, Robert, *Los Mitos Griegos*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Diccionario de Mitología Mundial*, Edaf, Madrid, 1971.
- IRVING, Leonard, *Los libros del conquistador*, FCE, México, 1979.
- KIRKPATRICK, Frederick, *Los conquistadores españoles*, Espasa-Calpe, Madrid, 1970.
- GASPAR DE CARVAJAL, Fr. *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande de las Amazonas*, FCE, México, 1955.
- SEJOURNE, Laurette, *América Latina, antiguas culturas precolombinas*, Siglo XXI, México, 1985.
- BEGHIN, François-Xavier, "Exacciones a las Poblaciones Indias de Amazonia", en: *El Etnocidio a través de las Américas*, comp. por Robert Jaulin, Siglo XXI, México, 1976.
- BACHOFEN, Johann, Jakob, *El derecho materno*, 1861 (Prólogo e Introducción), Mimeógrafo, traducción por Mechthild Rutsch.
- LEVI-STRAUSS, Claude, et al, *Polémica sobre el origen y universalidad de la familia*, Anagrama, Barcelona, 1976.
- GRAVES, Robert, *La Diosa Blanca*, Alianza ed., Madrid, 1983.
- HARRIS, Olivia y Kate YOUNG, comp., *Antropología y Feminismo*, Anagrama Barcelona, 1979.